

Infraestructura: Plataforma para competir y crecer.

Con frecuencia, los debates sobre competitividad se concentran en factores como la estabilidad macroeconómica, la seguridad jurídica, los incentivos tributarios o la calidad del capital humano. Todos estos elementos son relevantes; sin embargo, existe un factor estructural sin el cual difícilmente pueden materializarse los beneficios de cualquier herramienta económica: la infraestructura.

La infraestructura abarca mucho más que las obras públicas tradicionales. Constituye el soporte material y tecnológico que permite la producción, el intercambio de bienes y servicios y el funcionamiento de la economía, incluyendo sectores como transporte, energía, agua, telecomunicaciones y conectividad digital.

Sistemas eléctricos confiables, suministro de agua y gas, carreteras, puertos, aeropuertos, redes ferroviarias y telecomunicaciones permiten que las empresas produzcan, intercambien bienes y servicios, accedan a mercados y compitan en condiciones eficientes.

Por ello, mejorar la competitividad de un país exige mucho más que reformas económicas o incentivos a la inversión. Requiere construir las condiciones materiales que permitan a las empresas operar eficientemente y desarrollar todo su potencial productivo. Allí donde existe

infraestructura de calidad, también existen mayores oportunidades para la inversión, la innovación y la generación de riqueza.

HERRAMIENTA DE TRANSFORMACIÓN

Infraestructura es un factor de competitividad estudiado en reconocidos reportes internacionales. El *IMD World Competitiveness Ranking* la incluye entre los cuatro factores esenciales para evaluar la capacidad de una economía de generar crecimiento sostenible, junto con desempeño económico, eficiencia gubernamental y eficiencia empresarial.

Desde esta perspectiva, la infraestructura es entendida como una inversión estratégica, cuyo impacto se extiende a toda la economía a través de mayores niveles de productividad, inversión y crecimiento.

Los países que hoy lideran los rankings de competitividad comprendieron que era necesario crear las condiciones materiales que permitieran a las empresas producir, innovar, invertir y competir.

Punto clave CONAPRI: La competitividad no depende únicamente de reformas económicas o incentivos a la inversión, también requiere infraestructura capaz de reducir costos, conectar mercados, respaldar la producción y generar confianza en los inversionistas.

PAÍSES QUE TRANSFORMARON SU DESTINO

Alemania, Corea del Sur, Panamá o Singapur suelen aparecer como referencias obligadas. Son economías admiradas por sus elevados niveles de productividad, integración a los mercados globales y su capacidad para atraer inversiones. No obstante, la realidad histórica de estos países dista mucho de la imagen de prosperidad que hoy proyectan.

Alemania emergió de la II Guerra Mundial con gran parte de su aparato productivo e infraestructura destruidos. Corea del Sur inició su proceso de desarrollo tras décadas de ocupación japonesa y una guerra devastadora que dejó al país entre los más pobres del mundo. Panamá enfrentó importantes desafíos políticos e institucionales durante buena parte del siglo XX. Singapur, al momento de su independencia en 1965, era un pequeño territorio con escasos recursos naturales y enormes desafíos económicos y sociales. Ninguno de estos países constituía un caso obvio de éxito.

Lo que hoy admiramos de ellos es el resultado de décadas de políticas orientadas a fortalecer sus capacidades productivas, y entre los múltiples factores que contribuyeron a su transformación, la infraestructura desempeñó un papel fundamental.

Alemania apostó por la infraestructura de transporte para fortalecer su industria; Corea del Sur por la infraestructura digital para impulsar la innovación; Panamá por la infraestructura logística para aprovechar su posición geográfica; y Singapur por la conectividad portuaria y aeroportuaria para convertirse en un centro global de comercio. Aunque cada uno siguió una ruta diferente, todos comprendieron una misma realidad: la infraestructura no era una

consecuencia del desarrollo económico, sino una condición necesaria para alcanzarlo.

La construcción y modernización de puertos, aeropuertos, sistemas energéticos, telecomunicaciones y corredores logísticos permitió crear condiciones favorables para la inversión, el comercio y la productividad. La competitividad fue el resultado de políticas sostenidas orientadas a fortalecer capacidades productivas durante largos períodos de tiempo.

Otra economía, la de los Países Bajos resulta particularmente ilustrativa. Durante la Segunda Guerra Mundial, Rotterdam sufrió una devastación casi total como consecuencia de los bombardeos. Lejos de limitarse a la reconstrucción de lo perdido, las autoridades aprovecharon el proceso para desarrollar una visión de largo plazo orientada a convertir a la ciudad en uno de los principales nodos logísticos del mundo. Hoy, el Puerto de Rotterdam constituye uno de los activos estratégicos más importantes de Europa y un ejemplo de cómo la infraestructura puede transformar una tragedia en una oportunidad de desarrollo.

La experiencia de estos países ofrece una lección relevante para Venezuela. La recuperación de la competitividad no dependerá únicamente de reformas económicas o cambios regulatorios, sino también de la capacidad de desarrollar y modernizar la infraestructura que sostiene la actividad productiva, facilita el comercio y fortalece la integración del país a los mercados internacionales.

NUEVOS MECANISMOS

La experiencia internacional demuestra que los procesos exitosos de desarrollo y modernización de

infraestructura no han dependido exclusivamente de recursos públicos. En numerosos casos, los gobiernos han complementado su capacidad de planificación y regulación con mecanismos capaces de movilizar inversión privada hacia proyectos de interés público.

Esta lección resulta especialmente relevante para Venezuela. Las necesidades de infraestructura del país requieren mecanismos que permitan canalizar recursos, conocimiento técnico y capacidad de ejecución hacia proyectos prioritarios para su desarrollo económico. El desafío no consiste únicamente en identificar qué infraestructura se necesita, sino también cómo crear condiciones que hagan posible su construcción.

Numerosos casos alrededor del mundo muestran que mecanismos como las Asociaciones Público-Privadas (APP), las concesiones y otros modelos de colaboración entre el sector público y el privado pueden contribuir significativamente a cerrar las brechas de infraestructura y acelerar los procesos de recuperación económica.

La participación privada no implica la sustitución del Estado en sus funciones esenciales, por el contrario, supone la creación de esquemas de colaboración en los cuales el sector público mantiene su rol de planificación, regulación y supervisión, mientras que el sector privado aporta financiamiento, experiencia operativa, innovación y capacidad de ejecución.

La reconstrucción también exige priorizar. Ningún país puede atender simultáneamente todas sus necesidades de infraestructura. Por ello, resulta fundamental concentrar los esfuerzos iniciales en sectores con mayores efectos multiplicadores sobre la economía, como la

energía eléctrica, el gas, las telecomunicaciones, los puertos, los aeropuertos y los corredores logísticos.

Punto clave CONAPRI: La reconstrucción de la infraestructura venezolana exige esquemas de colaboración que combinen planificación pública, inversión privada, seguridad jurídica, capacidad técnica y mecanismos confiables de ejecución.

UNA APUESTA POR EL FUTURO

La historia demuestra que las naciones no esperan alcanzar el desarrollo para construir infraestructura, construyen infraestructura para alcanzar el desarrollo.

América Latina no ha sido la excepción, Chile modernizó su red de carreteras, aeropuertos y servicios mediante un exitoso sistema de concesiones; y a través de APP, Colombia desarrolló programas viales de cuarta generación (4G), y México construyó la planta de tratamiento de aguas residuales de Atotonilco, una de las mayores obras de saneamiento de la región. Las referencias regionales también demuestran que la infraestructura no es la consecuencia del desarrollo, sino uno de sus principales catalizadores.

Venezuela podría hacer algo similar, la magnitud de sus necesidades exige prioridades claras y mecanismos que permitan movilizar recursos públicos y atraer capitales privados hacia objetivos comunes.

En definitiva, la infraestructura no es únicamente una política pública. Constituye una condición indispensable para aumentar la competitividad, atraer inversiones y sentar las bases de un crecimiento económico sostenible. Apostar por la infraestructura es apostar por el futuro.